

La palabra que desvela

A propósito de *La visita de Savitrí* de Diego Sabiote.

Mateu Cabot

Texto originalmente publicado en:

M. Payeras (de.): La palabra que desvela, Arráez Editores, Mojácar 2001, pags. 53-57. ISBN: 84-89606-34-X.

El poeta, como el filósofo, trabaja con las palabras. Puede que hoy concibamos estos dos trabajos en un muy diferente sentido y con una muy diferente intención, pero tal vez con ello solo perdamos una esencial dimensión de la poesía, y también de la filosofía, sin ganar nada a cambio. La obra que comentamos nos muestra, por el contrario, sus raíces comunes y sus similitudes.

En el Génesis bíblico una de las formas que toma el Paraíso es la armonía entre hombres, dioses y naturaleza. Así el hombre no necesita trabajar, esto es, transformar, cambiar de forma, violentar la naturaleza para subsistir. La naturaleza no le es extraña, las cosas no le son ajenas, y así en este estado de armonía el hombre tiene ya siempre consigo la Verdad y el Saber, estado que en el relato bíblico se manifiesta en el hecho de que el hombre "da nombre" a todas las cosas, las nombra y la palabra es el acceso a la verdad y la realidad.

Con la Caída, con lo que en el relato bíblico se llama "Pecado Original", esta armonía originaria y siempre supuesta, se convertirá en la Utopía: aquello que no está dado en ningún lugar pero que se revela como el objetivo, como el horizonte hacia el cual progresar. Nombrar, dar nombre a las cosas es la utopía, pues el nombrar, la verdad, ya no se presenta de un modo inmediato, sino que hay que desvelar. De ahí surge una determinada comprensión de cual es y cual debe ser la esencia del trabajo del poeta y del filósofo, en pos de la verdad accesible por la palabra que auténticamente nombra. La palabra que no violenta lo que tiene ante sí, diferente, sino que desvela lo que es ese Otro mostrándolo, pegándose a sus características esenciales, es el objetivo buscado por este tipo de poesía, y de filosofía.

El griego Parménides, en los albores de nuestra civilización, es uno de los primeros testimonios del intento de superar la caída y recuperar el poder adánico de la palabra. No en vano su testimonio, el que nos ha llegado de él, será llamado "poema filosófico". Sería, porque es y será, motivo de debate si la escritura del griego Parménides puede cifrarse de "poema". Si su "poema de la verdad" merecería hoy ser catalogado en el género de la poesía o de la prosa poética o cualquier otro. En todo caso lo que me parece especialmente relevante es que el suyo sea un discurso de/para la verdad, como los había, y los hay, discursos para el consuelo, para el convencimiento, para las instrucciones prácticas para el manejo de las cosas de la vida, para la catarsis individual o colectiva, para el engaño, etc.

Después de otro intento, audaz y titánico, tal como lo protagonizaron algunos poetas del Romanticismo, siempre le ha quedado a la poesía, al menos a una comprensión de poesía, ser el lugar donde se trabaja con las palabras para que aparezca ésta verdad. Una comprensión que niega la que concibe el lenguaje como simple instrumento "neutro" que no afecta y no es afectado por las realidades a las que se refiere. Una concepción que afirma su esencia creativa de sentido.

El poema, la palabra para dar nombre a lo que es, siempre ya está ahí esperando a, en todo caso, ser des-cubierto, mostrado por la voz del poeta. Está ahí como estaba el mármol en Carrara al que se acercaba Miguel Angel para atisbar qué contenía. Su trabajo de escultor consistía en dejar salir, en ayudar a salir, lo que en el bloque estaba atrapado esperando que se le descubriera. La serie de bloques que contienen la serie de los esclavos, hoy guardados en Florencia, muestran no, o no sólo, un trabajo inacabado, sino la misma esencia del trabajo del artista tal como lo concebía el italiano.

Pero, ¿qué es ese desvelar? Si la esencia del trabajo poético es desvelar lo que es en verdad, o es esencialmente, ¿es el desvelar una actitud pasiva del poeta que solo puede esperar? Sería ésta una conclusión, cuando menos precipitada, que atezca a todas las concepciones de origen platónico o platonizante, que las cubre de un paralizante quietismo, que condenaría al poeta y al pensador a un mero balbucear. Aunque devolvamos a la pura contemplación la dignidad que el utilitarismo moderno se ha empeñado en arrancarle, no creo que sea meramente ésta la que nos transmite el poeta.

El poeta sale al encuentro de la palabra, del poema. Pero pone de su parte el navegar, el remar, con la certidumbre de que existe la posibilidad de encontrar una orilla, aunque el encuentro mismo no sea ya solo fruto de su remar.

La verdad sólo puede aparecerse, desvelarse, no fabricarse, construirse. El trabajo del poeta, y del filósofo, con las palabras es dejar aparecer en ellas y con ellas la verdad de las cosas, rasgar el velo, mejor dicho, estar despierto para cuando el velo se rasgue y surja, en palabras, la verdad de las cosas. Plasmar la visión en el lenguaje no estrictamente unívoco ni determinante del poema o del discurso filosófico.

En esta tradición, o en esta comprensión esencialista del poema, creo (o me gusta) entender los poemas de Diego Sabiote. En ella entiendo sus palabras sobre el trabajo del poeta, del poeta en definitiva no fabricante de nada sino navegante y, si acaece el éxito de la empresa, descubridor del poema al que se llega. «El poeta, por caprichos / de la musa, al iniciar un poema / se encuentra en una barca / de remos navegando / en alta mar (...) ¿Y el poema? (...) el poema siempre espera / al poeta en tierra firme / donde las olas rompen / a orillas de la mar» (*Alcanzar la costa*).

El poeta debe remar, y puede hacerlo porque lo que ha captado tras el velo es la contradictoriedad (o diferencia) de lo desvelado, de la realidad de las cosas. Con ello, la vena platonizante, si la hay, se funde, o se hunde tal vez, en otra tradición, la que despertaron los románticos, en la que lo que aparece recuerda una y otra vez la armonía perdida y, necesariamente, la misión del poeta de dar nombre a la escisión entre el hombre y lo más allá de su finitud para, precisamente con este nombrar, revelar la presencia inequívoca de la caída y así la misión irrenunciable del hombre de hacer presente, de constatar, lo que lleva consigo la escisión: la Utopía, el anhelo del reencuentro.

Para mí son imágenes insistentes en esta dialéctica del mostrar que caracteriza al poeta la recurrencia al mar, a las golondrinas, a las flores. En ella se muestra la realidad contradictoria y fugitiva de las cosas, donde el sentido (el límite entre lo que es lo uno y lo que es lo otro) solo puede definirse por diferencia o negación. «No maltrates al cardo / por sus espinas: el corazón del cardo, / en primavera, / es una flor.» (*Es una flor*). «No viertas ponzoña / sobre el cardo, también / él tiene una flor / que proteger» (*Diferencia*). «Al mar no reproches / su salobridad: / es de sal el alma / del agua que da / la vida a la mar» (*Reproches*). El cardo-flor que es su alma, el mar-sal, son imágenes de esta diferencia.

La contraposición, contradicción o diferencia es lo que se muestra cuando la palabra poética ha rasgado el velo de lo que simplemente se aparece. Esta contrariedad, o 'diferencia' como parece nombrarla el autor, es parte de la verdad que se descubre. Lo que nos muestran los poemas es que la contrariedad, o contradicción, es la verdad que se oculta tras el velo de las apariencias y, en un segundo paso, que esa contradictoriedad o diferencia es la verdad de las cosas con las que habitamos. Del mundo que vivimos. Lejos de la armonía que sólo puede atisbarse, a través del poema, como dejar aparecer y ver las cosas en su verdad, en su contradictoriedad.

En este trabajo el objetivo de desvelar, de traer a la luz, es tanto mostrar lo que en una primera mirada está oculto, como mostrar lo que llamaríamos la relación, o mejor aún, la dialéctica apariencias—realidad. Así, si el trabajo del poeta es desvelar, lo que aparece es lo que estaba cubierto por el velo pero también aparece con su condición natural de estar velado, de sólo ser accesible por la palabra del poeta.

El desvelar, la palabra poética, inicia su recorrido en lo más inmediato. Es en lo más cercano donde se muestra ya, o puede mostrarse, tanto el camino de la verdad como el poder de la palabra poética. «Buscas la inspiración y no la hallas, / y estás encima de ella pisándola. / Despega del suelo la sandalia» (*Despega del suelo*). Lo más cercano, físicamente, no es, contra toda apariencia, lo más nítido ni siquiera lo más verdadero. Es, incluso, aquello que tiene más posibilidades de estar cegado por la luz de cada día, de cada momento de nuestra vida. Recuerda el poeta: «Todos los días, un día tras otro, al anochecer, el misterio del cielo se enciende en la luz de las estrellas. Mas nuestra mirada se ciega con la sola luz de la luna» (*Mirada ciega*). Pero es inevitablemente el punto de partida, pues sea la mirada ciega o cegada, el poema debe rasgar el velo, lo que impide la visión de lo que es.

La búsqueda sigue, con y a través de la palabra, una vez retirado el velo de la apariencia. La poesía de Diego Sabiote muestra el camino que sigue hacia un nuevo más allá, esto es, hacia un nuevo desvelamiento de lo que la constatación de la contradictoriedad de lo real podría ocultar. En este aspecto se muestra el camino personal que toma la palabra poética en el autor.

Lo que se muestra es que tras la diferencia el elemento que posibilita el camino hacia la armonía, aquello que sitúa de nuevo al hombre en consonancia con los dioses y con la naturaleza, es la suprema donación. No ya la dejación o la pérdida de sí en el Todo, sugerida por algún Romanticismo, sino la puesta, de la propia identidad afirmada, en relación el Otro que tiene ante él. «A veces sorprende la primavera / en pleno invierno, / y, de la espesura de la nieve, / unos hermosos ojos se abren / y su mirada es Amor» (*Tu mirada es amor*). Este es el final del último poema, el más largo, uno de los pocos que tiene más allá de una docena de versos, con el que se cierra el libro. Es su última palabra.